

Alfonso Vigil-Escalera Guirado

Las aldeas altomedievales madrileñas y su proceso formativo

[A stampa in *The archaeology of early medieval villages in Europe*, a cura di Juan Antonio Quirós Castillo, Bilbao 2009 (Documentos de Arqueología e Historia), pp. 315-339 © dell'autore – Distribuito in formato digitale da "Reti Medievali", www.retimedievali.it].

Las aldeas altomedievales madrileñas y su proceso formativo

ALFONSO VIGIL-ESCALERA GUIRADO¹

RESUMEN

A través de los casos de algunos yacimientos recientemente excavados en la Comunidad de Madrid trataremos de exponer la complejidad del proceso formativo de los primeros asentamientos altomedievales de carácter aldeano. Aprender la relación existente entre sus principales áreas funcionales (funeraria-residencial-productiva) y llegar a establecer con precisión su secuencia diacrónica aporta elementos clave en la discusión. Las aldeas de El Pelicano y Gózquez ejemplifican dos variantes extremas por cuanto respecta a la organización interna del asentamiento: la primera se origina a partir de la descomposición de un establecimiento bajoimperial tipo villa; la segunda se establece aparentemente *ex novo*, sin relación evidente con elementos previos conocidos.

PALABRAS CLAVES: Arqueología altomedieval, Aldeas, Necrópolis, Jerarquía territorial, Articulación política

A lo largo de este trabajo procuraremos presentar una visión sintética sobre la aportación de los registros arqueológicos madrileños obtenidos durante los últimos diez años al debate en torno a la cuestión del origen de las aldeas altomedievales, exponer algunas de sus principales características e indagar en su significado.

En el marco de un paisaje histórico marcado por el colapso del Imperio romano a inicios de la quinta centuria (al menos por cuanto respecta a las regiones del cuadrante noroccidental de la península Ibérica), cualquier intento de alcanzar conclusiones o establecer generalizaciones en estos asuntos pasa por desarrollar estudios regionales de carácter intensivo con datos lo más homogéneos posibles que sean de utilidad para construir

análisis comparados. Hoy por hoy y en nuestro país, esta clase de estudios regionales han comenzado a dar fruto tanto en el marco de proyectos de investigación capaces de integrar las labores e iniciativas tanto de instituciones académicas como de arqueólogos que operan en la arqueología denominada de gestión, comercial o de urgencia (QUIRÓS, VIGIL-ESCALERA 2006). En el caso madrileño, la arqueología ejercida desde fuera de las instituciones ha estado huérfana durante bastantes años de cualquier referencia o guía académica y sometida a duras críticas (a veces incluso con razón) desde las universidades. Sólo la determinación de ciertas personas ha hecho posible que algunos de esos trabajos trascendieran y comenzaran a publicarse e incluso que se establecieran cauces estrechos y estables de colaboración cuyo éxito quedaría demostrado en ocasiones como la de este congreso².

1. COORDENADAS GEOPOLÍTICAS E HISTÓRICAS

Al igual que sucedió en otras regiones periféricas, una parte sustancial de la península Ibérica quedó definitivamente desgajada del sistema político del Imperio romano en la primera mitad del siglo V d.C.

Una acumulación de deficiencias, tanto de orden instrumental como conceptuales, ha impedido hasta fechas bastante recientes caracterizar de forma ajustada la materialidad arqueológica de las profundas transformaciones que supuso esa ruptura del orden político anterior en estas regiones hispanas. A la imprecisión de las principales he-

¹ Trabajo realizado en el marco del proyecto de investigación HUM2006-02556/HIST financiado por el Ministerio de Educación y Ciencia en el ámbito del Plan Nacional de I+D+I titulado «La génesis del paisaje medieval en el Norte Peninsular: Arqueología de las aldeas de los siglos V al XII».

² Luis Caballero Zoreda, desde el Instituto de Historia del CSIC, promovió la publicación del primer artículo sobre el yacimiento de Gózquez (VIGIL-ESCALERA 2000) y estableció el primer puente personal entre la arqueología altomedieval madrileña y el Departamento de Geografía Prehistoria y Arqueología de la Universidad del País Vasco.

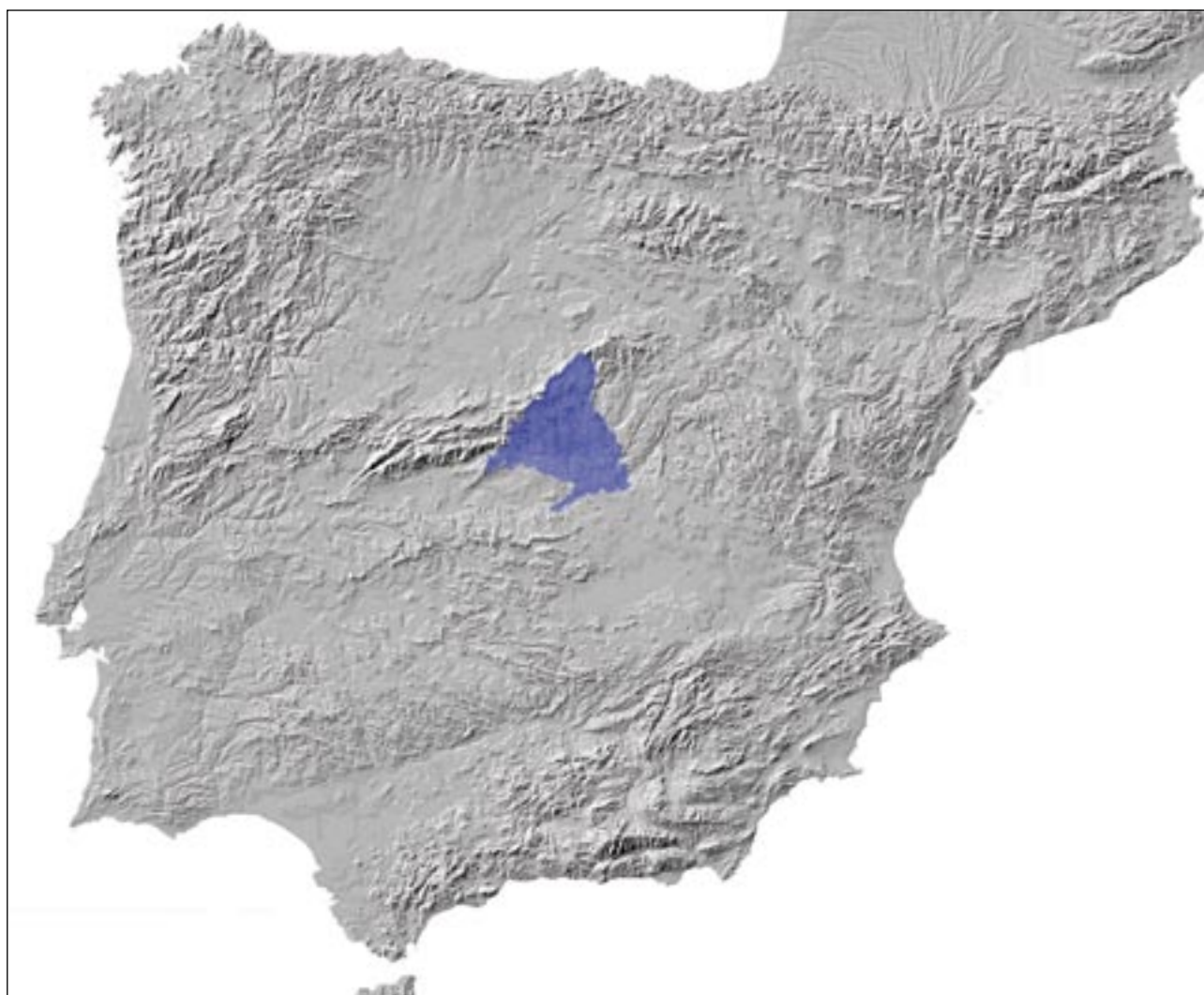


Figura 1. Ubicación de la Comunidad de Madrid en el centro peninsular.

ramientas analíticas de datación, específicamente la cronología de la cerámica denominada Terra Sigillata Hispanica Tardía (en adelante TSHT) y la de la cerámica común, habría que añadir el peso muerto de ciertas tradiciones historiográficas y una arraigada concepción profundamente subalterna del documento arqueológico respecto al textual (MORELAND 2001, 2006). Cambios trascendentales que se producen en el registro arqueológico de la primera mitad de la quinta centuria han sido, por obra y gracia de lo anterior, trasladados a un lapso temporal amplio (siglos IV-VI) difuminando su apariencia y desvirtuando de forma grave su verdadera entidad revolucionaria. Una parte de la historiografía, por tanto, ha llegado a asumir mecánicamente que la crisis final del Imperio ya mostraba signos amenazantes durante el siglo IV en Hispania, mientras el registro ar-

queológico no permite (ni mucho menos) atisbar nada parecido³.

La inestabilidad de la situación política a partir de inicios de la quinta centuria en todo el cuadrante Noroeste peninsular desembocó, bastante probablemente, en acentuados contrastes interterritoriales. No obstante, de las investigaciones más recientes parece deducirse que el panorama resultante oscilaría entre dos extremos: unas comarcas ven agudizarse su desarticulación política y socioeconómica mientras otras logran con relativo éxito un nuevo equilibrio. El nordeste de la cuenca del Duero y alto valle del Ebro caerían dentro del primer grupo; la región de Toledo y la de las ciudades del Sur de la cuenca del Duero, en el segun-

³ Cfr. la reciente revisión del panorama acerca de las *villae* hispanas (CHAVARRIA 2007).

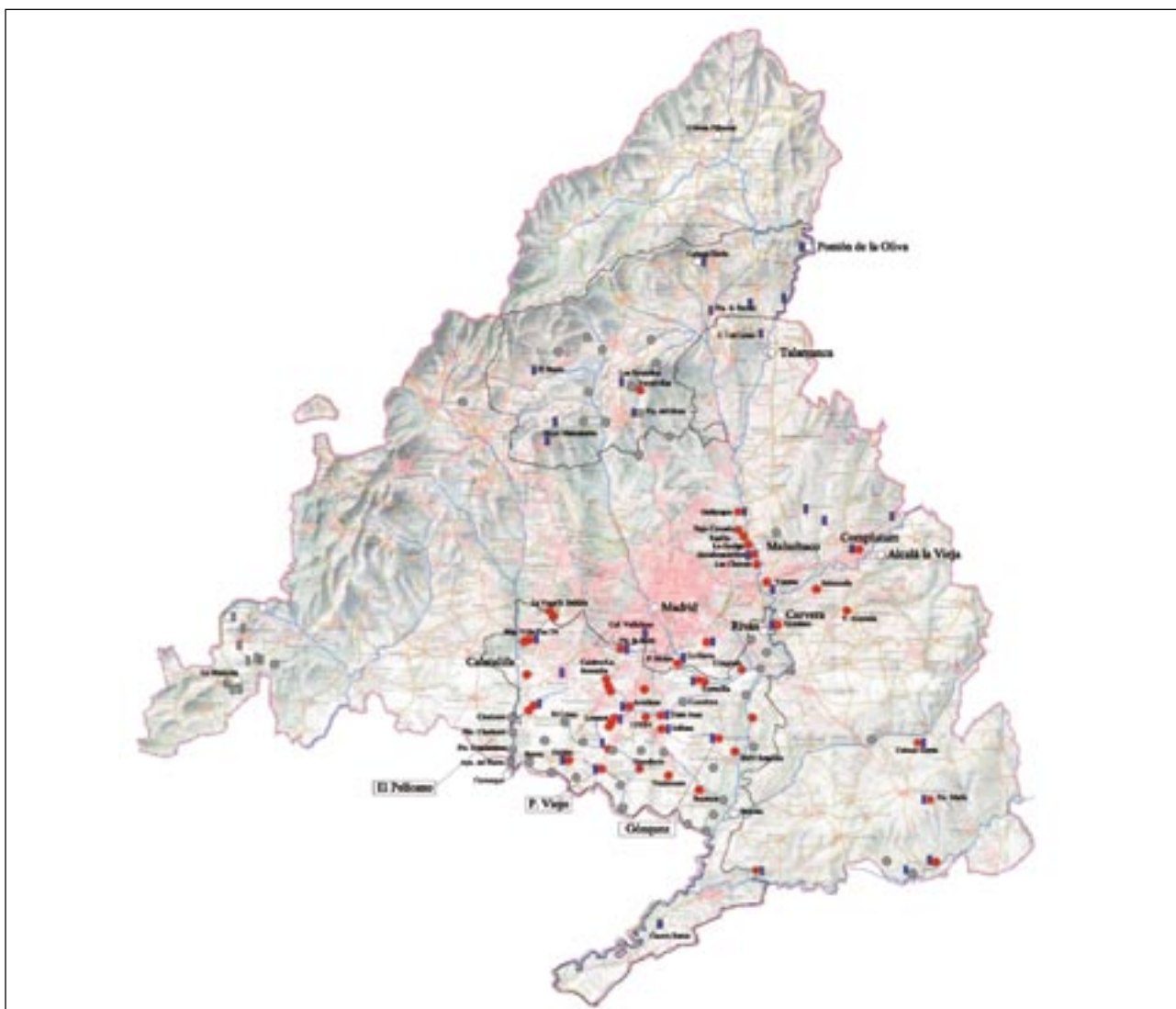


Figura 2. Yacimientos altomedievales de varios sectores muestreados de la Comunidad de Madrid (en rojo, asentamientos; en azul, contextos funerarios).

do⁴. Sería razonable imaginar que pudieran darse toda clase de situaciones intermedias, o que, a lo largo del siglo V d.C., circunstancias particulares pudieran determinar que determinadas regiones recorriesen alternativamente caminos opuestos. Pero para simplificar y por razones prácticas puede resultar útil partir de una definición lo más precisa posible de ambos procesos extremos. Sobre todo teniendo en cuenta las enormes lagunas existentes en el conocimiento arqueológico de la mayor parte de este heterogéneo territorio durante este periodo.

El territorio sobre el que centraremos nuestra exposición, esencialmente el Sur de la actual Comunidad de Madrid (Figura 1), formó parte en-

tonces de la circunscripción de Toledo, a mitad de camino entre la antigua capital de la diócesis (Mérida) y Zaragoza, la vía terrestre hacia el corazón del Imperio. Este territorio del centro geográfico peninsular podría juzgarse a posteriori, de acuerdo a la documentación arqueológica disponible, como uno de los que antes superó el atasco político y social de la quinta centuria y, en general, de los primeros siglos altomedievales.

PAISAJES RURALES DEL TERRITORIO DE TOLEDO

El panorama arqueológico madrileño presenta, por lo concerniente al poblamiento rural altomedieval, una sorprendente riqueza (Figura 2). El número de yacimientos identificados con fases de

⁴ QUIRÓS, VIGIL-ESCALERA e.p. (Mérida).

ocupación comprendidas entre el siglo V y el VIII d.C. rebasaría hoy por hoy con creces a los de cualquier otro periodo histórico⁵. No sería arriesgado decir que a partir de esa malla de asentamientos (y salvando ciertos episodios bien definidos en términos temporales que habrían actuado de filtros) quedaría configurado el sistema de poblamiento rural hasta nuestros días. El número de enclaves altomedievales sobre los que han tenido lugar actividades arqueológicas de variado tipo rondaría el medio centenar.

No son muchas, sin embargo, las actuaciones ejecutadas de acuerdo con criterios metodológicos rigurosos susceptibles de proporcionar datos que permitan la generación de conocimiento crítico. Mientras tanto, la publicación de las memorias de la mayoría de esos trabajos simplemente no se espera. La mayor parte de todo este patrimonio ha sido destruida irremisiblemente, formando parte ya de espacios urbanizados. Su conocimiento ha llevado un camino paralelo al de su destrucción, y deberíamos ser extremadamente críticos con la clase y calidad de la documentación arqueológica que efectivamente ha podido recuperarse de estos yacimientos.

El repertorio de enclaves altomedievales documentado en esta comarca avala además la ocupación plurisecular de la mayoría de los sitios analizados. El análisis integrado de sus diversos elementos constitutivos ofrece la clave para una categorización diferencial al tomar en consideración, por ejemplo, los rasgos de sus respectivas áreas de enterramiento: ya sea estable/inestable, colectiva/familiar. Su desarrollo en una reciente publicación (VIGIL-ESCALERA 2007) nos eximiría de presentar de nuevo extensamente los argumentos por los que definimos a esta categoría de yacimientos como aldeas y el sistema de poblamiento en que se encuadran como una verdadera red. Su actividad tendría lugar dentro de un sistema territorial con un sustancial grado de integración, social, política y económicamente complejo. Muy alejado por tanto de las no tan viejas ideas sobre la autosuficiencia de estos enclaves, del predominio del pastoralismo, de su inestabilidad, de la simpleza de su estructura social y de la generalizada desarticulación política del periodo. De acuerdo con

algunas de estas nuevas premisas, las de un poblamiento rural denso con unas pautas de integración de carácter sistémicas, resulta difícil concebir la existencia aislada o independiente de cualquiera de sus partículas elementales. Su nivel de autosuficiencia económica no podría resultar muy diverso del de cualquier aldea europea anterior a la Revolución Industrial.

En resumen, consideramos que una parte sustancial de esta malla de asentamientos podría encuadrarse sin dificultad en la categoría arqueológica de aldea⁶. Nos basamos para afirmar esto en que existen evidencias que permiten sostener la existencia en su seno de formas de sociabilidad estables de carácter aldeano⁷, perceptiblemente diversas además de las existentes en el paisaje rural propio del Imperio romano. El alcance de los desajustes (o de la eventual incompatibilidad) entre nuestra categoría arqueológica y aquella otra formulada a partir de la documentación escrita, la que retrasa el origen de la aldea hasta los siglos IX, X u XI, dependiendo del momento de aparición en cada territorio de la documentación escrita al respecto, ya ha sido abordada por autores de mayor autoridad (ZADORA-RIO 1995, 2003; QUIRÓS 2007a).

Desde una perspectiva arqueológica, tales formas de sociabilidad aldeana se expresan de manera bien visible en uno de los espacios públicos o de representación por excelencia: la necrópolis, ámbito donde tienen lugar innegables manifestaciones de carácter comunitario. Una parte fundamental del ritual funerario trasciende al ámbito privado de la familia o la unidad doméstica y exige un auditorio extenso. No existen argumentos de peso que nos permitan caracterizar como escenarios diferentes para sus protagonistas un cementerio del siglo VI u otro del siglo IX o X. Pero sin duda esas formas complejas de sociabilidad presentan también, y sobre todo, manifestaciones menos visibles arqueológicamente que deben a la fuerza entenderse como sistemas de cooperación económica, de solidaridad y de competitividad in-

⁵ Es indudable que la malla de pequeños establecimientos rurales altoimperiales existente en la región debe ser más densa, aunque su reconocimiento arqueológico es aún bastante deficitario.

⁶ Asumimos el carácter operativo de la categoría en los términos establecidos por Wolf (1955: 503), como herramienta adecuada para pensar unas ciertas situaciones, y no como una verdad histórica inmutable.

⁷ Entendemos que sería posible describir de tal modo esos comportamientos cuando una parte mayoritaria o significativamente amplia de los efectivos del asentamiento actúan de manera coordinada en diversos aspectos de su vida cotidiana (para una definición algo más restrictiva, desarrollada desde el registro escrito, véase LARREA 2008: 192).

terdoméstica, de apoyo mutuo o de corresponsabilidad ante el mundo de fuera. La comunidad aldeana tiene un carácter político interno y otros externos que trascienden sus propios términos espaciales y mentales. La identificación de la mayoría de estos rasgos constituye uno de los retos más atractivos de una disciplina arqueológica que debe aún profundizar significativamente en la antropología cultural, social y política de las comunidades campesinas altomedievales.

De en qué medida seamos capaces de reconocer o podamos establecer inferencias pertinentes acerca de las formas de gestión colectiva del terrazgo o de las actividades ganaderas, de mecanismos sociales de cooperación o fórmulas de reforzamiento de la cohesión colectiva o identitarias, depende el que pueda trascenderse de alguna forma la brecha existente entre textos y artefactos, el aparente abismo que parece abrirse entre el requisito exigido de la 'personalidad jurídica' de algunos medievalistas para que una aldea pueda ser considerada tal (FOSSIER 1985) y una definición material y social de ésta que repare el divorcio existente entre historiadores que operan aún desde aproximaciones divergentes.

Una red de poblamiento altomedieval como la descrita para el Sur de Madrid, configurada casi exclusivamente por granjas y aldeas, no excluye la existencia de otra clase de centros jerárquicamente diferenciados, ya sea porque actuaran de cabeceras de distrito o porque alojaran en su seno estructuras residenciales pertenecientes a sectores o grupos aristocráticos o dirigentes. A medida que nos aproximamos a la periferia de la circunscripción toledana cobra relevancia ese otro nivel de entidades de poblamiento cuya fortuna a partir de la quinta centuria como polos jerárquicos será desigual: Calatalifa, Madrid, Talamanca, Alcalá la Vieja, Pontón de la Oliva... Se trata en todos los casos de emplazamientos en altura, provistos de defensas artificiales o elementos que permiten intuir la presencia en su seno de estructuras de carácter jerárquico⁸.

Dentro de un modelo de geografía política compleja e inmersos en un paisaje rural cuyos

rasgos exactos sería aún prematuro describir con fidelidad coexisten y se interrelacionan, pues, distintos subsistemas a lo largo del tiempo. Enclaves rurales no jerárquicos y centros políticos de diversa entidad encarnarían tendencias no necesariamente antagónicas hacia la nuclearización o la dispersión del hábitat dependiendo de variables tales como el grado de conflictividad, el de articulación o desarticulación sociopolítica del territorio, los condicionantes ambientales o locacionales (potencial económico del espacio a efectos de una eventual especialización productiva y su mayor o menor distancia a núcleos de consumo) o de la coyuntura geoestratégica de cada momento.

La importancia del papel social, estratégico, ideológico y político de algunos de esos centros políticos secundarios acabará cimentándose en lo que podría definirse como la ventaja de los mecanismos de dominio político de pequeña escala, (o sea, de la trama de poder intensiva, basada en relaciones interpersonales estrechas) frente a la del sistema de ejercicio extensivo de poder de la aristocracia antigua, cuyo sostén fue un imperio transcontinental basado en un puñado de ciudades política y socialmente hegemónicas. Una marcada heterogeneidad territorial y de situaciones tendrá lugar a lo largo del proceso de desarticulación y rearticulación de las estructuras políticas territoriales a partir del colapso del estado centralizado. No quiere esto decir que la gran propiedad de tipo antiguo desaparezca, sin embargo⁹. Su peso específico dentro del juego de equilibrios políticos, como el de la Iglesia como gran propietaria, será rehén de desarrollos locales o regionales y deberá, para su supervivencia, encontrar mecanismos de control y apoyos alternativos.

En el cuadro adjunto (Figura 3) se exponen, arriba, el modelo teórico de geografía política imperial con ciudades y centros menores (*small towns*) considerados a estos efectos como entes jerárquicos (aunque no tuvieran tal consideración administrativa u oficial); debajo, un esquema de la situación postimperial, en cuya trama política se integran nuevos polos de muy diversa entidad (demográfica, política). Es posible imaginar que, con el tiempo, incluso algunos centros no jerárquicos

⁸ La presencia de edificios de culto, no exclusiva de esta categoría, se convierte en una de las referencias más explícitas sobre la existencia de rasgos diferenciadores elementales, aunque la cronología de las escasas evidencias al respecto existentes en la región parecen adscribirse a fechas posteriores, de mediados del siglo VII en adelante (VIGIL-ESCALERA 2009: 223-5).

⁹ Lo que quedaría demostrado por la ostentación que de ese poder hacen gala los descendientes de los últimos reyes visigodos ya bajo la cobertura política de los emires (MANZANO 2006: 109-10).

podieran pasar a desempeñar el papel de cabece-
ras territoriales, ya fuera con una función subordi-
nada dentro de la red principal o llegando a desgajarse de la misma, involucrándose en sistemas
alternativos al antiguo. En todo caso, beneficián-
dose de vínculos políticos negociados, según el
modelo apuntado recientemente por Castellanos
y Martín Viso (2005, 2008).

2. ORIGEN Y RASGOS DEL ENTRAMADO ALDEANO MADRILEÑO

Los registros arqueológicos de mayor resolu-
ción disponibles apuntan al menos a dos clases de
origen por lo que respecta a la emergencia de los
asentamientos con formas de sociabilidad aldea-
nas. Los yacimientos de Góñez y El Pelicano

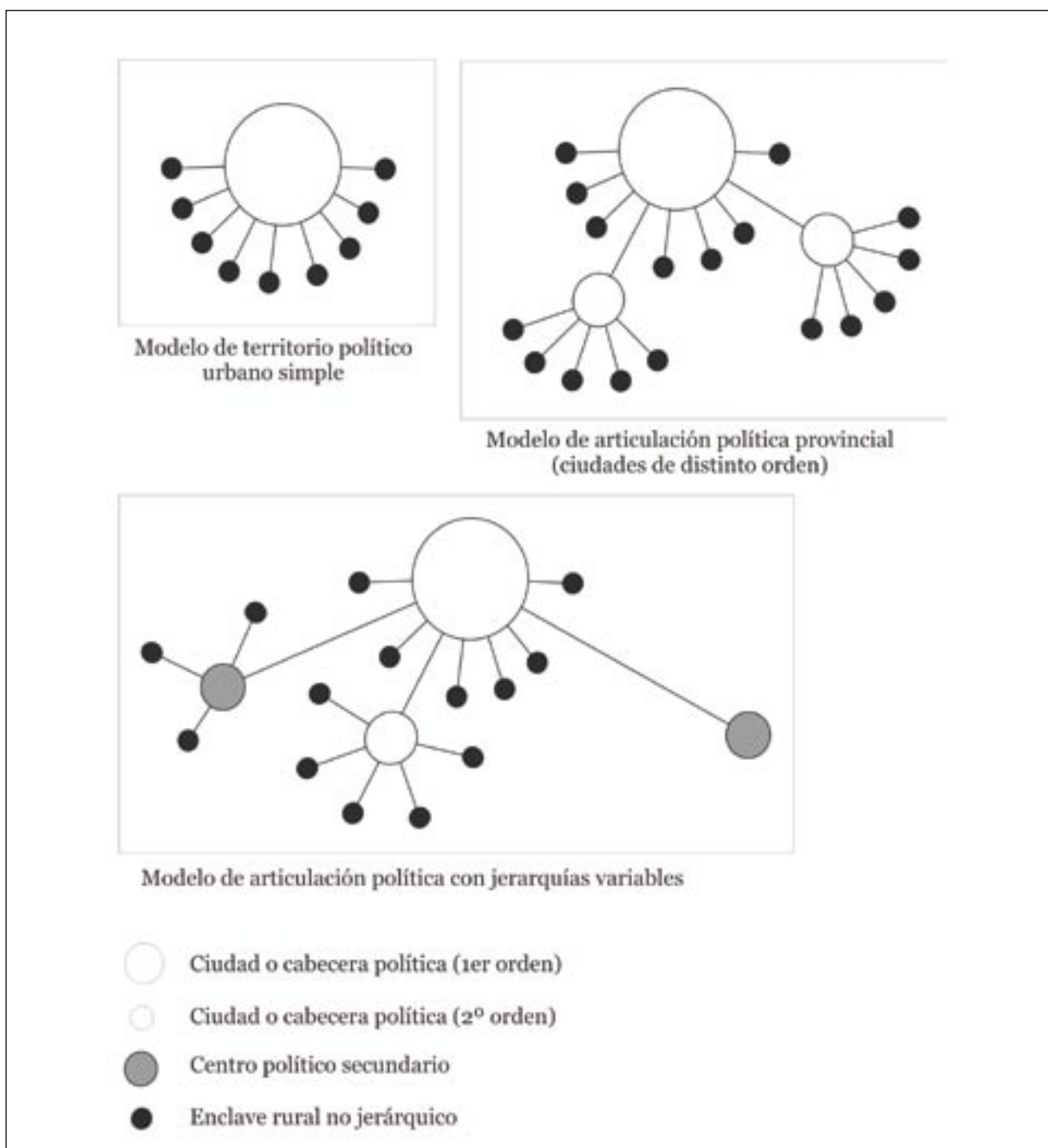


Figura 3. Modelos de articulación política a la escala de la ciudad-capital.

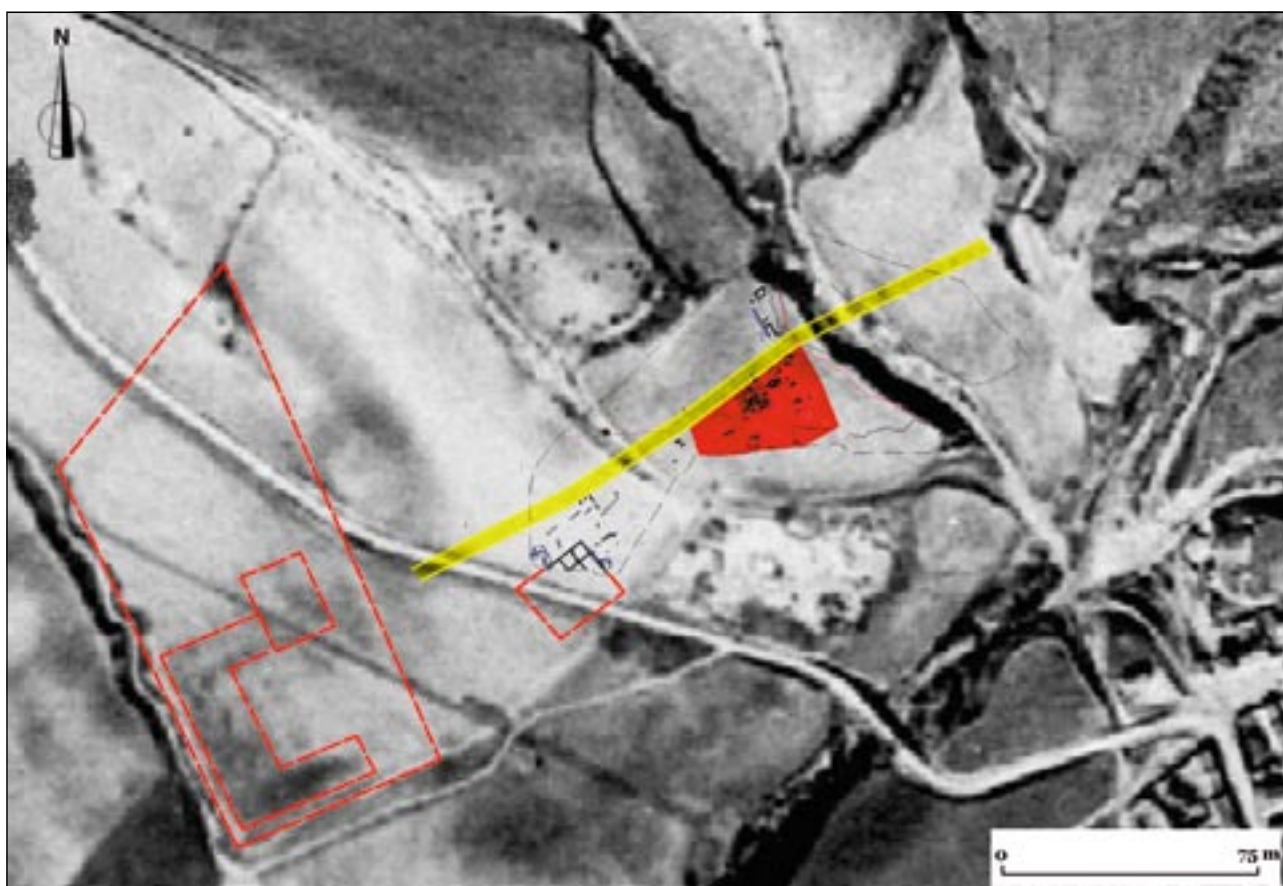


Figura 4. Interpretación del conjunto del establecimiento bajoimperial.

sustanciarían esta división básica. Pero es cierto también que funcionarán, a lo largo de todo el periodo considerado, otros enclaves de menor entidad, granjas o caseríos a modo de poblamiento intercalar. En éstos se hallan ausentes o no han podido identificarse pruebas o indicios que apoyen la existencia de rasgos de sociabilidad compleja. La ilustración de este grupo se servirá de los yacimientos de Prado Viejo, Congosto o los documentados en la vega del Jarama dentro del distrito de Barajas, tanto por su larga secuencia de ocupación como por la amplia superficie investigada.

2.1. LA ALDEA DE EL PELÍCANO (ARROYOMOLINOS) Y EL LARGO SIGLO V

La descomposición de las *villae* bajoimperiales a veces da como resultado la emergencia de formas de asentamiento rural de rasgos aldeanos. Se comprueba de forma fehaciente este extremo en el caso de El Pelicano, donde a remolque de la progresiva urbanización del término se lleva excavada

desde hace cinco años una superficie de casi siete hectáreas (68.660 m²). A pesar de las múltiples transformaciones acaecidas en el enclave a lo largo de varios siglos, la necrópolis se mantiene en uso durante toda la secuencia de ocupación (siglos V-VIII/IX), configurándose como uno de los elementos de mayor estabilidad¹⁰. En otras ocasiones el desmoronamiento de las últimas haciendas imperiales desemboca aparentemente en establecimientos de la clase que hemos incluido en la categoría de granjas.

Los varios edificios que conforman la hacienda bajoimperial que dará origen a la aldea altomedieval de El Pelicano se disponen sobre una superficie de algo más de dos hectáreas, formando un rectángulo de unos 230 metros de largo por 110 de ancho (Figura 4). Distan por el camino más recto

¹⁰ Otros casos análogos muy próximos se repiten en los arroyos de El Soto y de La Vega, inmediatamente al Norte del de Los Combos, donde se localizan sendos grandes enclaves altomedievales asociados a *villae* bajoimperiales y distantes entre sí cinco kilómetros.

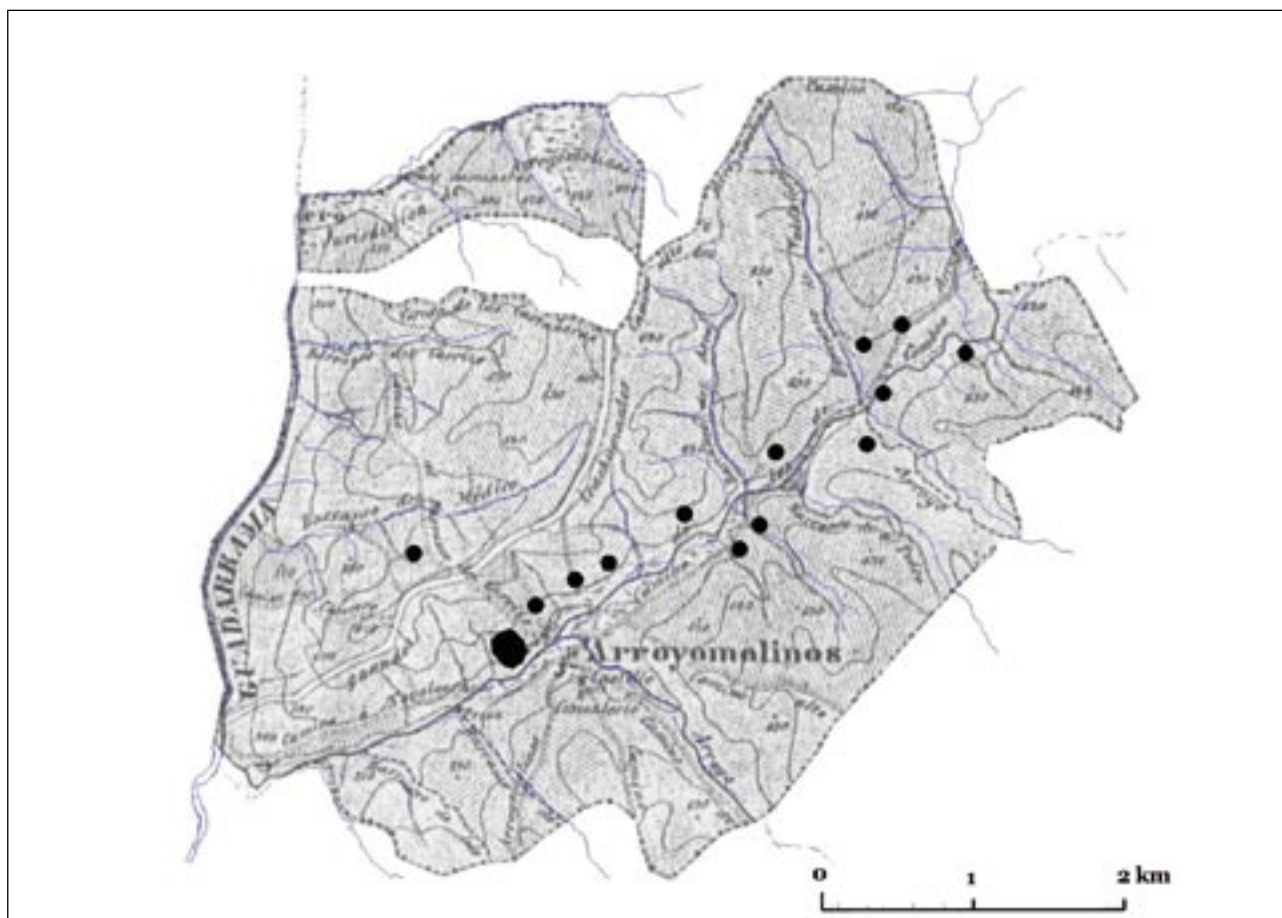


Figura 5. Dispersión de enclaves romanos altoimperiales en el término de Arroyomolinos.

7,5 Km. del enclave tardorromano y altomedieval de Móstoles (al Nordeste), 7 Km. del recinto fortificado de Calatalifa (al Norte) y 11 Km. de la monumental villa de Carranque (al Sur), hallándose a 47 Km. en línea recta al Norte de Toledo.

Hasta la fecha las investigaciones han abordado solamente una mínima parte de esta *villa* bajoimperial. Las áreas sondeadas atestiguan un origen de las instalaciones en la segunda mitad del siglo I d.C., con modificaciones de cierta trascendencia hacia mediados del siglo IV d.C. Resulta arriesgado determinar si ya desde los primeros siglos de nuestra era, el enclave ocupa o no una posición jerárquica de preeminencia sobre el mosaico de pequeños establecimientos rurales diseminados a lo largo de las orillas del arroyo de Los Combos¹¹, tributario del río Guadarrama por el Este y conocido en las primeras fuentes escritas

¹¹ Varios de ellos han sido excavados en extensión dentro de las actuaciones arqueológicas emprendidas para documentar la aldea altomedieval.

de mediados del siglo XIV como ‘arroyo de Molinos’ (Figura 5). Lo cierto es que se trata del único núcleo de importancia en activo en el valle del Combos durante el siglo IV d.C., habiéndose abandonado el resto.

Durante el primer cuarto de la quinta centuria, un personaje de cierta relevancia, es probable que el propietario de la hacienda, recibiría sepultura en un mausoleo levantado a tal efecto unos 50 metros al Este del extremo de las instalaciones de la *villa*. Su pórtico, techado con tres columnillas sobre soportes prismáticos de granito, se asoma al camino de entrada a la *villa* desde el Este, monumentalizando el acceso a un sencillo edificio cuadrangular con fábrica de sólido hormigón romano y alzados estucados y decorados con pinturas. En su interior, bajo una doble cámara subterránea, se dispone el ataúd de plomo, a partir del cual se levanta todo el conjunto¹² (Figura 6).

¹² Una síntesis reciente sobre esta clase de construcciones en CHAVARRIA 2007b.



Figura 6. Imagen del mausoleo desde el Oeste. A la izquierda (ladera arriba) discurre el camino romano de acceso a la villa.



Figura 7. Potencia de los estratos de coluvión documentados en el interior de una de las estancias de la villa bajoimperial.



Figura 8. Inhumación con ajuar ritual compuesto por lucerna y plato de TSHT y vaso globular de vidrio.

Desde un momento impreciso del primer cuarto y hasta el tercero del siglo V, la *villa* ha dejado de funcionar como tal, albergando en algunas de sus diversas estancias ocupaciones que demuestran claramente una significativa ruptura. Se instalan hogares y se acumulan residuos domésticos en el interior de esos ambientes. En algún momento del tercer cuarto del siglo V d.C., un violento episodio de erosión de las parcelas situadas ladera arriba (posiblemente aterrazadas) y el consiguiente coluvionamiento de materiales forma potentes estratos en todas las áreas sondeadas, tanto al exterior como al interior de las estancias, sellando las ocupaciones previas¹³ (Figura 7). A partir de ese momento, algunos materiales constructivos singulares, como sillares esquineros de granito o muros completos, son arrancados para su reaprovechamiento. Durante el lapso de tiempo en que se prolongaron las actividades citadas en las antiguas habitaciones de la *villa*, y

¹³ Este no es un suceso extraordinario en la historia del yacimiento. Otros episodios de similar naturaleza y entidad se documentan en distintos sectores excavados hacia mediados del siglo IV d.C. y durante la primera mitad o el segundo tercio del siglo VIII d.C. Ninguno de ellos, a pesar de todo, supone la extinción de la ocupación.

respetando una cierta distancia, se practican al Sur del mausoleo una serie de inhumaciones con los abundantes ajuares típicos de los contextos postimperiales de la quinta centuria¹⁴: vasos de vidrio y cerámica (común y TSHT), lucernas y adornos personales (Figura 8).

Sobre las antiguas edificaciones de la *villa* y tras el citado episodio de coluvión, una especie de cataclismo a nivel local, se levantan algunas sencillas construcciones de nueva planta con elementales zócalos de mampostería y alzados de tierra. Estas respetan en ocasiones la orientación de ciertos muros perimetrales que pudieron mantenerse en pie, aunque varían ligeramente su orientación. El material empleado en esos zócalos procede del expolio asistemático de los cimientos de otras estructuras de la hacienda (Figura 9). Asociados a estas nuevas estructuras residenciales se documentan escasos silos, que en cualquier caso estarían avalando la profunda mutación acaecida hacia formas descentralizadas de gestión del excedente agrario.

¹⁴ Antes denominadas 'necrópolis del Duero' (sistemizadas hace ya algún tiempo en FUENTES 1989). Se trata de un término equívoco al que proponemos la alternativa de 'necrópolis rurales postimperiales'.



Figura 9. Trinchera de expolio de material constructivo (cantos rodados) procedente de los cimientos de un muro bajo imperial.



Figura 10. Vista cenital del sector denominado P09 del yacimiento El Pelicano, sito inmediatamente al Este de la necrópolis, donde se registra una densa ocupación de estructuras yuxtapuestas datable entre fines de la quinta centuria y la primera mitad del siglo VII d.C.

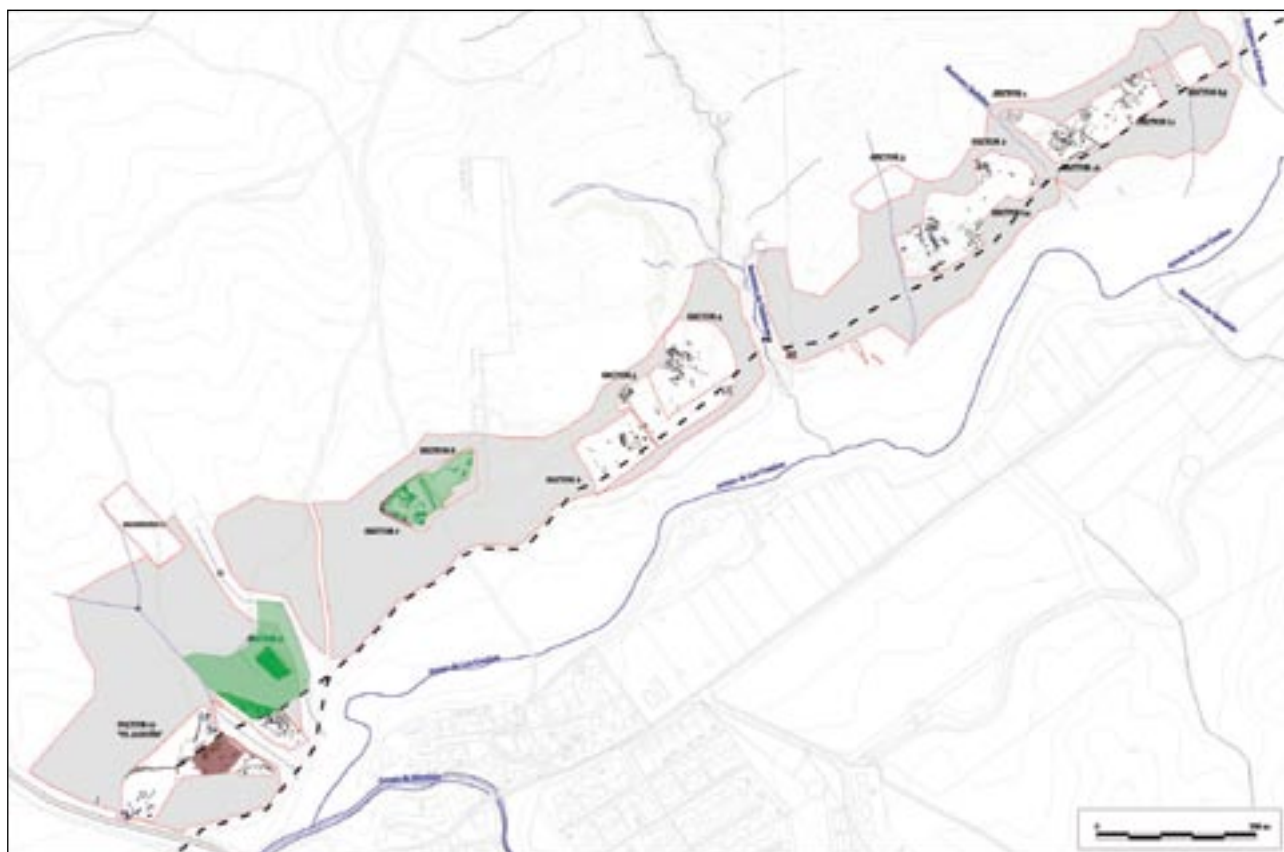


Figura 11. Desarrollo de la aldea de El Pelicano entre el último cuarto del siglo V y la primera mitad del VI d.C. (áreas sombreadas en verde). Sombreada en gris aparece la extensión supuesta del enclave; en su interior se señalan las áreas excavadas; en la esquina inferior izquierda, de color pardo, la necrópolis.

Desde el último cuarto de la quinta centuria hasta la primera mitad del siglo VII d.C., un nuevo enclave de carácter agregado con alta densidad de estructuras residenciales y de almacenamiento se levanta inmediatamente al Este de la necrópolis (Figura 10). Las sucesivas reconstrucciones de los espacios domésticos y auxiliares generan una potente secuencia estratigráfica en el denominado sector P09 (El Caño¹⁵).

Otras estructuras residenciales y auxiliares adscritas a la primera mitad del siglo VI se extienden hasta alcanzar los sectores P07-P08, si bien siguiendo según un modelo de ocupación espacial mucho menos denso a medida que nos alejamos del sector nuclear (Figura 11).

A partir de mediados del siglo VI, sin embargo, algunas unidades domésticas comienzan a levantar caseríos independientes relativamente alejados del núcleo residencial original (sector P01A). Desde finales del siglo VI o inicios del VII, la aldea parece disgregarse velozmente en unidades domésticas

singulares, cada cual con sus parcelas agrarias de uso intensivo anejas. Esta configuración tardía del asentamiento acaba por ocupar una larga franja de casi dos kilómetros sobre la orilla Norte del arroyo, al Este del primitivo polo (Figura 12). A mediados de la séptima centuria, la instalación entre sus ruinas de algunos grupos de inhumaciones señala el definitivo abandono del enclave agregado del sector P09.

A pesar de que la excavación de la necrópolis ha sido parcial (un muestreo sectorial determinado por circunstancias del proyecto constructivo) es posible establecer algunos de sus rasgos topográficos y diacrónicos. Aparentemente la necrópolis se ordenaría durante todo este lapso con arreglo a agrupaciones topográficamente diferenciadas. Se advierten densos racimos de sepulturas, tal vez siguiendo criterios familiares, sin que se entrevea una mínima planificación en el conjunto. Algunos enterramientos de las últimas fases llegan a seccionar tumbas de las precedentes. Este detalle marca una diferencia significativa respecto a lo observado en otras necrópolis aldeanas coetáneas (caso de Góquez y de la mayoría de sitios investigados).

¹⁵ VÍRSEDA 2004.

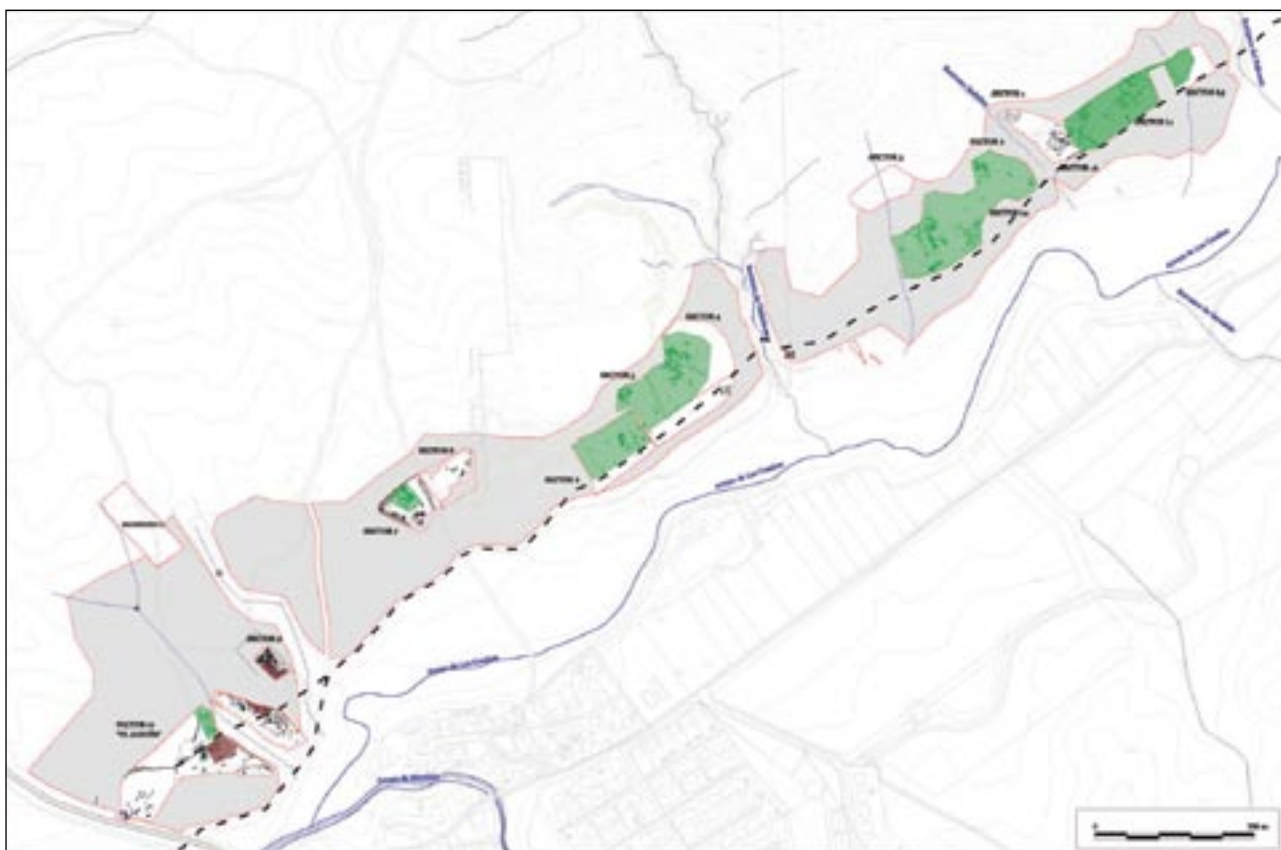


Figura 12. Desarrollo de la aldea de El Pelicano a partir de la primera mitad del siglo VII d.C.

Siguiendo ciclos previsiblemente generacionales, en la aldea de formato extendido se suceden continuas reconstrucciones de los espacios de uso doméstico de cada unidad familiar¹⁶ (Figura 13). Son entonces habituales ligeros desplazamientos de unas pocas decenas de metros de una fase a otra (como se comprueba en los sectores P04-P05).

En otras unidades domésticas se constata, sin embargo, una mayor estabilidad (P02), permaneciendo en uso las instalaciones durante periodos plurigeneracionales (Figura 14). Se advierte en estos casos cierta planificación del ámbito edificado, ordenado y estable, y tal vez puedan reconocerse en su seno indicios relacionables con la aparición de desigualdades socioeconómicas (un mayor tamaño de las instalaciones en su conjunto, silos de notable capacidad¹⁷, hornos de uso colectivo...).

Contra lo que habíamos supuesto en anteriores trabajos (VIGIL-ESCALERA 2007), la aldea no se aban-

dona definitivamente durante la primera mitad del siglo VIII d.C. Materiales y estructuras documentados tanto sobre el antiguo edificio bajoimperial como en las inmediaciones de la necrópolis denotan la actividad de una o más unidades domésticas a lo largo de la segunda mitad del siglo VIII y probablemente durante una parte del IX d.C. En todo caso, de acuerdo con la evidencia disponible, no se puede asegurar que durante esta fase el enclave mantenga los rasgos propios de la antigua aldea, y no descartamos que sólo una parte de la comunidad permanezca en los alrededores del cementerio. En los repertorios cerámicos de esta fase no es infrecuente la aparición de recipientes lañados o reutilizados con cambio de funcionalidad hasta su completa amortización, lo que señala de forma rotunda una clara retracción en el aprovisionamiento de bienes y servicios del enclave.

Tras un prolongado periodo de inactividad, algunas zonas del sector nuclear serán reocupadas más tarde, ofreciendo materiales y densos grupos de estructuras que pueden fecharse a lo largo de los siglos XIII y XIV, un siglo antes de lo que dejan traslucir las más antiguas fuentes escritas conocidas con referencias a esta localidad.

¹⁶ Una aproximación de corte antropológico al ciclo de reconstrucciones de estructuras domésticas en GERRETSSEN 1999.

¹⁷ Se documentan en este sector al menos tres estructuras con una capacidad ligeramente superior a los 3000 litros.



Figura 13. Plano de los sectores P04, P05 y P06 en los que se documenta la reconstrucción y desplazamiento de las estructuras residenciales y auxiliares de una probablemente única unidad doméstica entre la primera mitad del siglo VII y mediados del VIII d.C.



Figura 14. Planta del sector P02, donde se documentan anejas las instalaciones de al menos dos unidades domésticas relativamente fijas durante un periodo plurigeneracional entre mediados del siglo VII y mediados del VIII d.C. Bajo una de ellas se han documentado evidencias de carácter disperso de una ocupación ligeramente anterior (a partir de finales del siglo VI d.C.).

2.2. LA ALDEA DE GÓZQUEZ (SAN MARTÍN DE LA VEGA)

En el caso de Gózquez, por el contrario, la aldea surge *ex novo*, desde cero, sin relación probable o mínimamente discernible con un eventual asentamiento o núcleo de población previo. Desconocemos la procedencia de los efectivos que se instalan allí a inicios del siglo VI: puede tratarse del agrupamiento de una serie de familias de enclaves más o menos próximos o incluso de la llegada de emigrantes de otras partes de la región o de la península. En todo caso, se trata de una comunidad desde el mismo momento de su establecimiento en un paraje previamente deshabitado, si no lo había sido antes. El diseño original con que se plantea el asentamiento durante la primera mitad de la sexta centuria consiste en una trama de parcelas de usos diferenciados intercaladas, residenciales y agrarias, asignadas a cada una de las unidades domésticas (Figura 15). Su formato se mantiene sin alteraciones apreciables hasta el abandono del enclave, hacia mediados del siglo VIII d.C. Dentro de las parcelas edificables, sin embargo, las reconstrucciones de las estructuras domésticas y auxiliares se suceden siguiendo de nuevo ciclos generacionales (Figura 16).

Es indudable que existe una planificación inicial de la trama espacial del enclave, aunque no sea segura la atribución de su responsabilidad, externa o interna. Podría especularse con la existencia de alguna clase de estructura jerárquica en la parte no excavada del yacimiento, en su barrio oriental, pero no existen pruebas de momento, para resolver este interrogante¹⁸. Tampoco se han podido reconocer en ese sector lotes de material de cronología temprana (finales del siglo V o inicios del VI d.C.) que resuelvan el aparente desajuste entre las fechas que se presumirían a partir de la tipología de la toreutica (ésta se ha construido partiendo de «niveles» por datos históricos externos al registro) y la secuencia comprobada en el área residencial. En el otro extremo del arco cronológico de la ocupación, están también ausentes en las sepulturas los materiales

considerados característicos de la séptima centuria (hebillas de cinturón de perfil liriforme, por ejemplo), aunque sí lo hacen en contextos de amortización de estructuras en el asentamiento con fechas relativamente seguras de la primera mitad del siglo VIII d.C.

La necrópolis ocupa una parcela bien delimitada, de forma cuadrangular, situada aproximadamente en el centro de la aldea (CONTRERAS 2006; CONTRERAS, FERNÁNDEZ UGALDE 2007). Las sepulturas se disponen dentro de ese recinto de casi media hectárea de forma relativamente ordenada, en filas paralelas, reservando la parte alta de la ladera para aquellas en las que se aprecia una mayor inversión en términos de trabajo o constructivos. Los tipos de objetos metálicos presentes en las sepulturas se corresponden con los que tradicionalmente se han englobado en la categoría de 'necrópolis visigodas', sin grandes diferencias aparentes de riqueza salvo por lo que concierne a la presencia/ausencia de elementos de vestuario que denotan un cierto rango. Alrededor de la mitad de las sepulturas contiene alguna clase de ajuar o mobiliario fúnebre, y sólo en dos casos éste consiste en recipientes cerámicos.

La arquitectura funeraria ha deparado más de una sorpresa. En la parte alta de la ladera se conservan varias sepulturas con túmulo superpuesto de mampostería, por ejemplo. Pero el descubrimiento más singular es la presencia de al menos una decena de enterramientos en nichos laterales (en un caso a ambos lados de la fosa central). La inhumación queda protegida (y oculta) por una laja vertical, un murete de piedras o un panel de madera.

La propia dinámica de ocupación del asentamiento lleva implícita la dificultad de lectura de sus fases iniciales. Los zócalos perimetrales de piedra de las construcciones de la última fase son las únicas legibles con claridad, procediendo su material constructivo del desmantelamiento de las precedentes. El aparejo de esos zócalos, sin apenas cimentación, se suma al problema anterior. Silos y cabañas de suelo rehundido de varios tipos conforman estructuras satélite en torno a las unidades residenciales principales. Las eventuales diferencias jerárquicas o económicas existentes tendrían más posibilidades de identificación dentro de cada unidad doméstica que en el conjunto de la aldea. Esta situación, no obstante, parece derivar a lo largo del último periodo de ocupación hacia la preeminencia de unas sobre otras.

¹⁸ El área excavada mide 23.900 m², aunque durante la supervisión de labores de desbroce del entorno se ha podido cartografiar la extensión del enclave hasta alcanzar unas once hectáreas. La Dra. B. Sasse ha sugerido la posible existencia de alguna fase de ocupación ligeramente anterior como forma de resolver el ligero desajuste cronológico entre las fechas de inicio del asentamiento y las del material metálico de la necrópolis (com. pers.).



Figura 15. Parcelación y zonas de eventual uso agrario en la aldea de Gózquez, con la necrópolis en el centro.

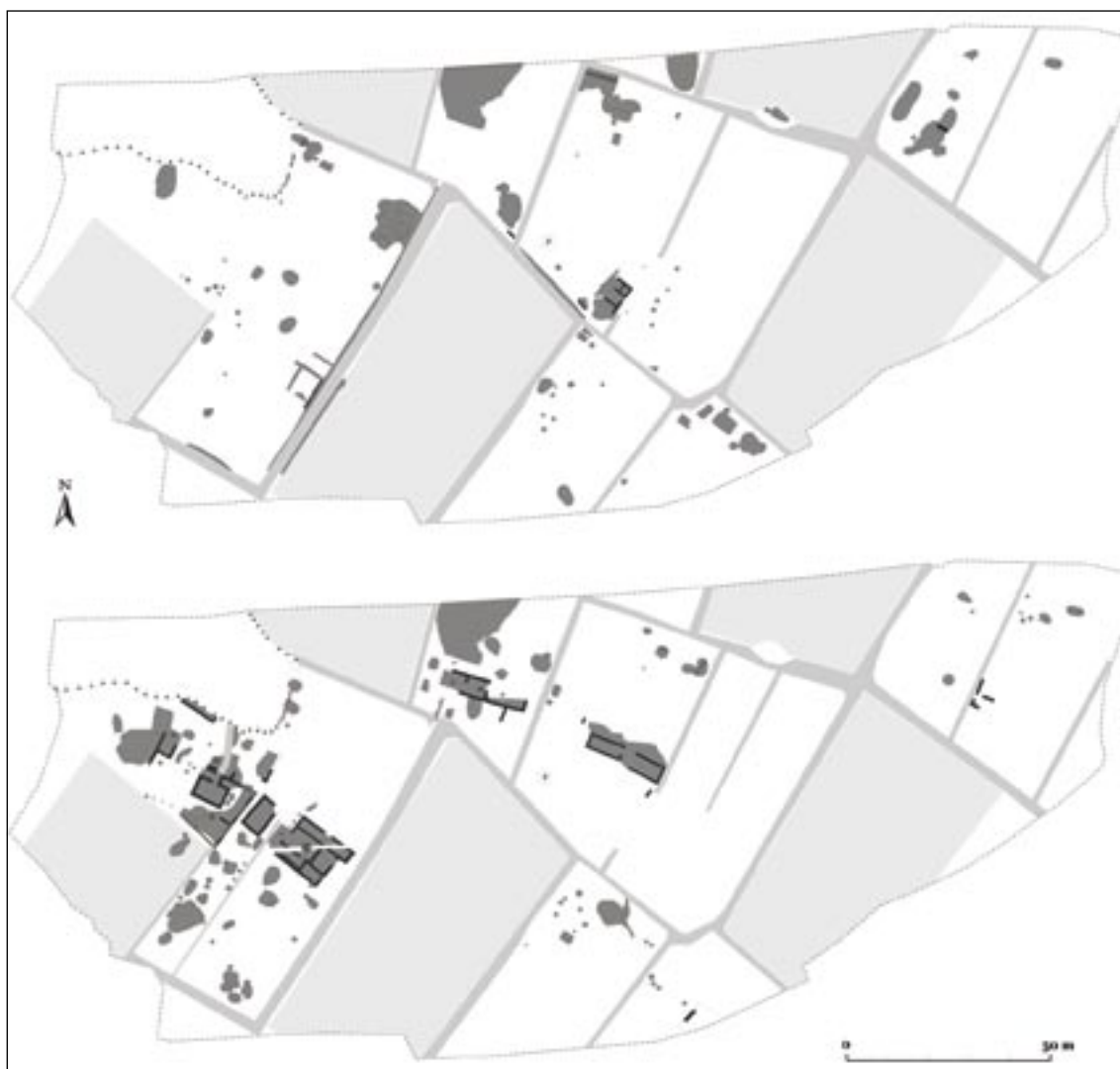


Figura 16. Plantas de fase de las estructuras adscritas a los periodos Ia-Ib (arriba) y II-III (debajo).

No nos extenderemos en esta ocasión en la descripción de las sucesivas fases de ocupación documentadas en el área investigada, aunque resaltaremos que, correspondiente a la última de ellas (siglo VII y primera mitad del VIII), se ha logrado identificar un posible lagar de aceite en el denominado Edificio 6 (VIGIL-ESCALERA 2006: Fig.7). La unidad productiva se asocia a un edificio de planta articulada en torno a un pequeño patio o distribuidor (E10). El hallazgo de restos paleocarpológicos de olivas carbonizadas en diversos contextos del yacimiento se añade a la evidencia anterior.

Como en el yacimiento de El Pelicano, la presencia de materiales de importación es muy reducida a lo largo de toda la secuencia, aunque al menos un cuenco de Sigillata africana D (Hayes 99) y algunos fragmentos de anforiscos (tipo *spatheion*) demuestran la conexión indirecta (siquiera esporádica) de sus residentes con ámbitos de circulación de productos extrapeninsulares, sin duda a través de la mediación de elites no residentes en la aldea. Además, la presencia de vajilla de vidrio en los estratos de amortización de estructuras de muy diversos tipos en todas las unidades domésticas del barrio excavado avala el mantenimiento ininterrumpido de los vínculos campo-ciudad. El suministro fluido de cerámica de variado origen a los asentamientos rurales de todo el territorio sería otra prueba de la intensidad de las relaciones centro-periferia a una escala supracomarcial.

Tanto el nivel de especialización económica que se deriva de la producción de aceite como los elevados porcentajes de équidos en el conjunto de la fauna han dado pie a valorar en términos ciertamente aperturistas la organización económica del enclave¹⁹. Algo, por otra parte, en abierta contradicción con los términos en que se ha asumido convencionalmente la autosuficiencia económica de los poblados rurales de este periodo.

La discriminación precisa de muchos de estos aspectos se ve obstaculizada por la clase de registro arqueológico mayoritario en estos yacimientos. Priman los contextos de amortización que suponen el relleno intencionado de estructuras subterráneas sobre los horizontales, de uso y abandono. Se obser-

va, por ejemplo en el análisis de la fauna, la infrarrepresentación del material consumido respecto a los animales muertos sin aprovechar. Una parte de lo relacionado con la gestión de los residuos domésticos puede inferirse a partir del hallazgo de fragmentos de los mismos cacharros cerámicos en estructuras a veces distantes²⁰, sólo explicable si asumimos la existencia de unos puntos de acumulación primaria periódicamente saneados, ya sea para el abonado de los huertos o como material para ocluir fosas que pueden resultar peligrosas de permanecer abiertas en medio de zonas de actividad cotidiana.

2.3. GRANJAS, CASERÍOS

A pesar de la notable extensión explorada (más de siete hectáreas), todo apunta a que el asentamiento de Prado Viejo (Torrejón de la Calzada, Madrid) careció de un cementerio estable de carácter comunitario²¹. Se documentan varias sepulturas aisladas o en pequeños grupos en el sector central (Figuras 17-18). Es probable que algunas hayan sido utilizadas en repetidas ocasiones, otras son claramente individuales.

Cerca de las tumbas se documentan además varios hornos verticales de pequeñas dimensiones para la producción de teja y, tal vez subsidiariamente, cerámica (SANGUINO, DELGADO 2009: Fig. 5-6). Estructuras semejantes se han registrado recientemente en varios enclaves rurales del Sur de Madrid y Norte de la provincia de Toledo como Griñón, Arroyo Culebro-La Recomba (Leganés), Illescas (Toledo), y con probable cronología anterior, en Gótzquez²². No consta en ninguno de los casos la existencia de testares o la aparición de materiales defectuosos, por lo que presumimos que podríamos encontrarnos ante producciones coyunturales, o a demanda.

A pesar de la heterogeneidad del estado de conservación de los yacimientos madrileños que han sido explorados, la aparición de teja curva aparece citada en prácticamente su totalidad. La

¹⁹ QUIRÓS, VIGIL-ESCALERA 2006: 108-10. La relativa abundancia de équidos podría relacionarse con el transporte de la sal, explotada en las proximidades de la aldea desde tiempos prehistóricos hasta la Edad Moderna (VALIENTE et al. 2002).

²⁰ Véanse algunos casos análogos en un reciente trabajo sobre los aspectos 'biográficos' del material arqueológico (HERVA, NURMI 2009).

²¹ Abordado en VIGIL-ESCALERA 2007: 258-9. Una breve noticia publicada sobre el yacimiento con algunas fotografías en SANGUINO, DELGADO 2009.

²² VIGIL-ESCALERA 2007: 273-5. Agradezco a Raúl Catalán y M^a José Ramos la información sobre los contextos de Illescas.

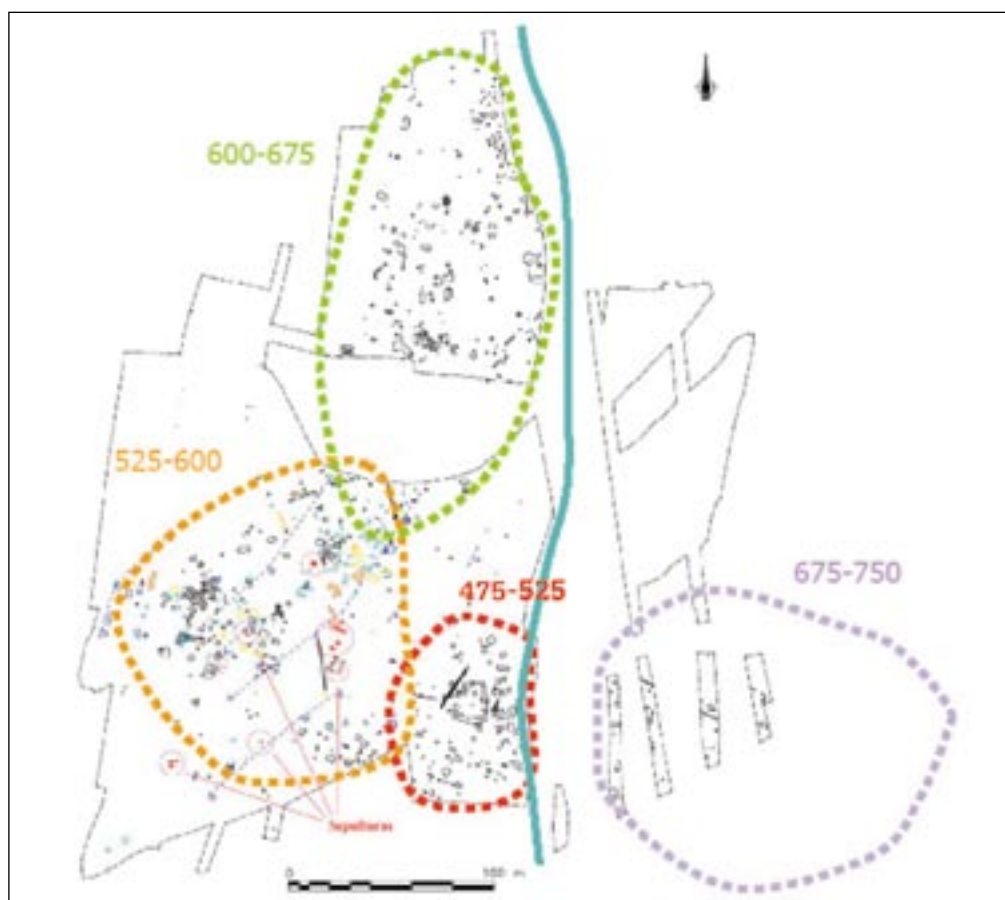


Figura 17. Modelo de la secuencia de ocupación en el yacimiento de Prado Viejo.

presencia de edificios con zócalo pétreo y alzados de tierra es una constante, aunque en determinados casos sólo se lleguen a documentar estructuras negativas, excavadas en el subsuelo. Muchas de las posibles variantes observadas obedecerían, pues, más a procesos de conservación diferencial o a deficiencias metodológicas en la ejecución de los trabajos arqueológicos que a las reales diferencias existentes entre enclaves. La teja fue un producto que llegó, pues, a todos los enclaves de la región durante este periodo, y nos inclinamos a pensar que su producción nunca estuvo centralizada en un puñado de sitios. Teniendo en cuenta la generalizada disponibilidad de las materias primas, sería más lógico pensar que los artesanos se desplazaran a fabricar material en el momento y lugar en que se producía su demanda que acarrear por vías terrestres esos productos de bajo precio a grandes distancias.

En Prado Viejo, las sucesivas reconstrucciones del enclave (ocupado probablemente por un reducido número de unidades domésticas) se suceden

durante ciclos previsiblemente generacionales ocupando la orilla occidental de un regato estacional, saltando en un momento de la séptima centuria al otro lado. A pesar de la pobre definición de los eventuales límites parcelarios²³, podría sospecharse que esta especie de rotación del área residencial tendría lugar en torno a un espacio de dedicación agrícola de carácter intensivo.

En Congosto (Rivas-Vaciamadrid), ese desplazamiento se produce hacia el Sur, aunque en este caso la acotación del área explorada (13.200 m²) limita las posibilidades de ofrecer una visión global²⁴. Uno de los datos más reveladores aportados por la actuación en este sitio concierne a los asideros para la cronología del sistema en su conjunto.

²³ Véase REYNOLDS 2003 para un excelente análisis de este tipo de estructuras.

²⁴ VIGIL-ESCALERA 2007: 259. Las observaciones han sido efectuadas a partir de la revisión del material y las estratigrafías del yacimiento. La responsabilidad de la intervención arqueológica recayó en A. Martín Bañón y J. Rincón Vázquez (MARTÍN, RINCÓN 2005).

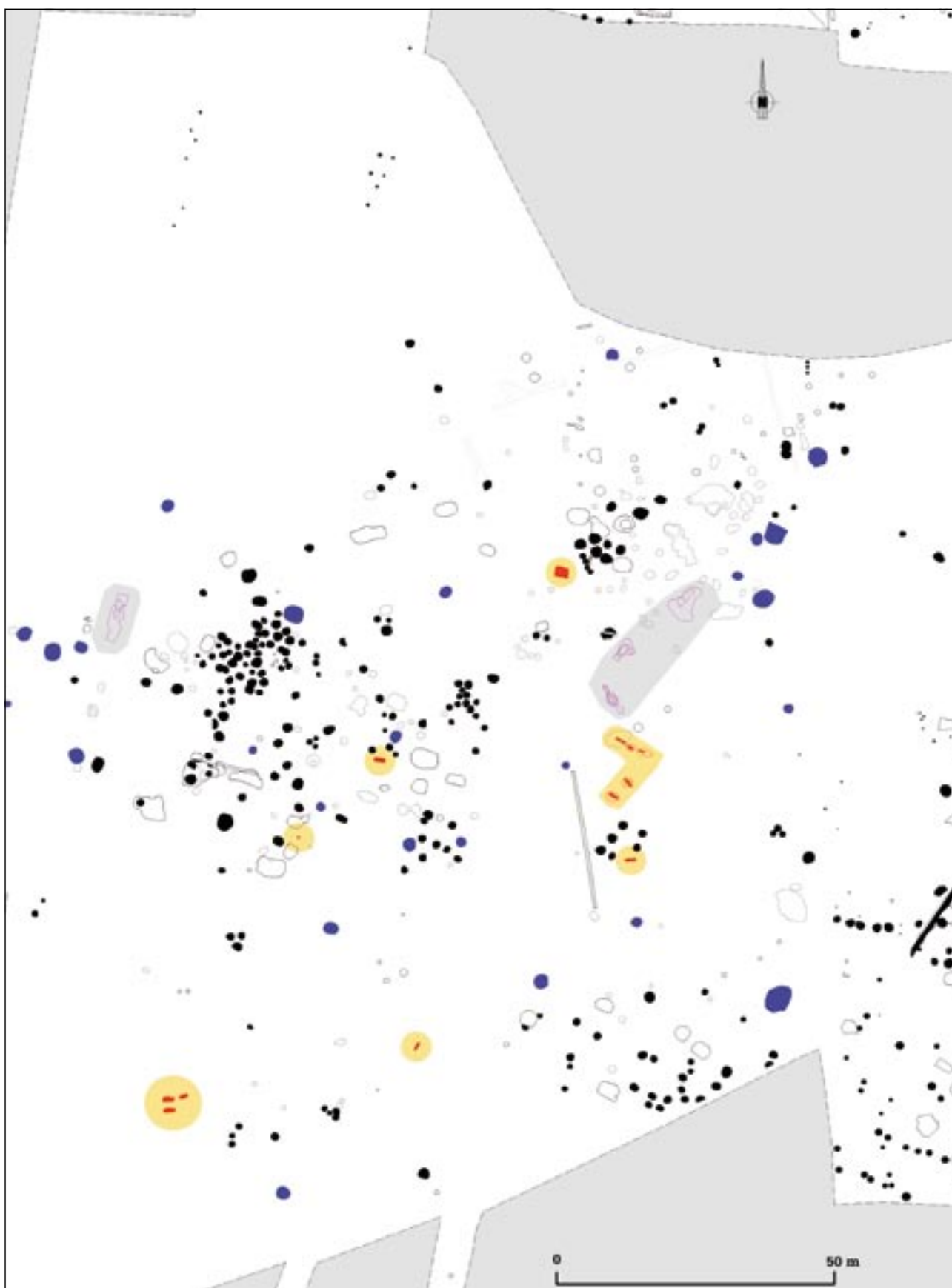


Figura 18. Detalle de la zona central del área excavada, donde se señalan las inhumaciones dispersas (sombreadas en naranja), los hornos cerámicos (en gris y rosa), los silos (en negro) y las estructuras identificadas como pozos hidráulicos (azul).

De acuerdo con los repertorios cerámicos de la fase de ocupación más antigua, se había publicado anteriormente que su origen se remontaría a la segunda mitad de la quinta centuria. Se destacaba entonces la ausencia de TSHT a pesar de que se identificaron esporádicos fragmentos de ánforas, alguno de sigillata meridional (cuenco con decoración burilada) y cerámicas importadas del Sur de la Galia (DSP²⁵) y diversas imitaciones o variantes de éstas. Los resultados de un conjunto de media docena de dataciones radiocarbónicas y una inserción más precisa del repertorio cerámico ofrecido por este enclave en el conjunto de los conocidos con secuencias atribuidas a este periodo permiten precisar mejor este extremo, fijando su origen en el último cuarto de la quinta centuria y su final hacia mediados del siglo VII d.C.

Los yacimientos abordados hasta ahora son similares a la mayor parte de los detectados en la vega del río Jarama durante las obras de ampliación del aeropuerto de Madrid-Barajas. Aparte de las estructuras de uso residencial se constatan sepulturas aisladas o en pequeños grupos en El Guijo-Camino de Las Zorreras (REDONDO et al. 2007), La Huelga (RODRÍGUEZ, JUANA 2007), las Charcas (Rodríguez, Domingo 2007) o Prado Galápagos (SÁNCHEZ et al. 2007).

Entre todos ellos, siempre a orillas del río, destaca el surgimiento de una pequeña aldea muy a finales del siglo VII o ya entrado el VIII d.C. en el enclave de El Soto-Encadenado²⁶. Anteriormente se había desarrollado unos 50 metros al Norte un pequeño caserío durante los siglos VI y VII. La ocupación del enclave genera inicialmente un pequeño núcleo de sepulturas de lajas con los cuerpos en decúbito supino (media docena, alguna de ellas profusamente reutilizada a lo largo de varias generaciones). Pero en algún momento de mediados del siglo VIII se desarrolla a su lado una pequeña necrópolis de rito islámico en uso hasta mediados del siglo IX, con cerca de 30 inhumaciones.

El reconocimiento de todos estos fenómenos viene a demostrar hasta qué punto unos registros arqueológicos densos merecen aproximaciones rigurosas y matizadas, que prevean el antídoto contra toda clase de atajos, explicaciones mecánicas y fáciles generalizaciones. La constitución, desarrollo

y final de cada entidad rural, aldeana o no, constituye un relato arqueológico particular que habrá que analizar en detalle a escala comarcal. En la construcción de modelos interpretativos y explicativos no debíamos nunca olvidar esa realidad compleja (BROGIOLO, CHAVARRIA 2005: 274-5).

3. DISCUSIÓN

En Arroyomolinos, la vida de la hacienda y la de sus trabajadores transcurre en la más absoluta 'normalidad' bajoimperial hasta inicios del siglo V d.C. Pero todo cambia rápido y al improviso. El propietario se hace construir un espléndido mausoleo y los campesinos, por su parte, comienzan a enterrarse poco después en las inmediaciones del mismo, siguiendo un ritual que contempla la celebración de un banquete a resultados del cual se amortiza gran número y variedad de recipientes cerámicos y de vidrio. La tipología de estos objetos y presumiblemente del ritual seguido es idéntica a la documentada en otras necrópolis hispanas de la quinta centuria, como por ejemplo la palentina de La Olmeda Norte (ABÁSOLO et al. 1997), la asturiana de Paredes (REQUEJO 2007) o la burgalesa de Cabriana²⁷. No existe la más mínima evidencia de cómo había sido el ritual funerario antes de estas fechas. La *villa* como lugar de representación aristocrática y centro hacendal con organización jerárquica y centralizada se amortiza al mismo tiempo. Los que aún habitan entre sus muros construyen hogares sobre los viejos pavimentos y acaban por amontonar al lado sus residuos domésticos. Un violento episodio erosivo en torno al tercer cuarto del siglo V d.C. podría ser la más obvia manifestación de una transformación radical en la gestión del terrazgo. La coetánea aparición de silos demuestra la transferencia de la responsabilidad del almacenamiento a cada unidad doméstica. Nuevas construcciones de carácter relativamente modesto se levantan entonces sobre sectores de la antigua hacienda bajoimperial y sus aledaños. Sus viejos muros vienen siendo objeto desde algo antes de la rapiña de material constructivo.

Lo que sucede a partir del tercer cuarto del siglo V d.C. ya no tiene nada que ver con lo anterior. De forma tan brusca como se produjo su aparición

²⁵ Acrónimo de las producciones denominadas Derivées des sigillées paléochrétiennes.

²⁶ Una noticia detallada sobre la secuencia de este enclave se encuentra actualmente en prensa (VIGIL-ESCALERA e.p.).

²⁷ La revisión integral de su cronología, dependiente de la de la TSHT, será objeto de tratamiento específico en nuestra próxima tesis.

irán desapareciendo los ajuares de carácter ritual entre las sepulturas del común, restringiéndose el material a algunas hebillas de cinturón de tipología y tradición tardorromana. Todo este proceso merecería una explicación verdaderamente razonada, siendo hasta ahora una asignatura pendiente. Hasta finales del siglo VI la comunidad vive agrupada casa con casa sobre las laderas aterrazadas que antes habían sido cultivadas por sus ancestros. El enclave del sector P09 de la aldea de El Pelicano queda separado de la antigua hacienda romana por el área cementerial. Pero en la segunda mitad del siglo VI, por motivos que se nos escapan, cada unidad doméstica parece comenzar a actuar por su cuenta, fundando caseríos independientes aguas arriba del arroyo. A mediados del siglo VII, grupos de sepulturas ocupan de forma dispersa el antiguo enclave residencial agrupado ya por completo amortizado. Al contrario de lo entrevisto en Gózquez, la necrópolis de El Pelicano se extiende de forma bastante desordenada sobre un espacio amplio sin aparentes constricciones. Las ruinas de los antiguos mausoleos y ciertas sepulturas antiguas parecen servir de foco de atracción para conformar núcleos densos de enterramientos. Los más modernos afectan e incluso destruyen los restos de los más antiguos.

Llegados a este punto y tras reiterados intentos de difundir una idea proclive a descartar la excepcionalidad de esta clase de yacimientos, creemos que sería una postura responsable tratar de apurar algunas puntualizaciones.

La excelente visibilidad arqueológica de estos sistemas de asentamientos en el territorio situado al Norte de Toledo deriva en primera instancia de la abundancia y variedad de su cultura material. No sólo de la gran cantidad de vajilla cerámica consumida en estos enclaves, sino de la profusión de fases constructivas presentes en cada uno de ellos (alto número de silos, de cabañas, de estructuras auxiliares, de hornos...). Sería necesario explicar las causas de lo que a todas luces parece 'natural' desde una perspectiva regional y sólo deja de serlo cuando nos enfrentamos a otras escalas.

La cerámica juega en este sentido un excelente indicador. De los trabajos desarrollados hasta la fecha se desprende que, en la región de Toledo, determinados artesanos o talleres en activo durante las fases finales del Imperio continúan produciendo cerámica a torno rápido a una escala notable al menos hasta mediados de la sexta centuria. Cuando irrumpen los nuevos repertorios de

cerámica a torno lento (a caballo entre el siglo V y el VI, sobre todo en el primer tercio de este último), la fluidez con que estos productos llegan a todas partes de la región es notable, indicando un elevado grado de estabilidad social y política y una significativa integración económica a escala regional.

En el otro extremo, cada vez parece más evidente que durante más de dos siglos, determinadas regiones del Norte peninsular transcurren sumidas en una notable oscuridad por causa fundamentalmente de la escasez y mala calidad técnica de la cerámica consumida en los enclaves rurales habitados durante esas fechas (que sin duda existen).

La secuencia general de ocupación del medio rural de estas dos regiones al final del tramo cronológico contemplado en nuestro trabajo merece también algún comentario. Mientras la parte que queda englobada en el ámbito político del estado cordobés conoce un despoblamiento generalizado de enclaves que desemboca en una acusada concentración del hábitat, la situación se invierte en el Norte. Y todo ello sucede en el lapso comprendido entre los siglos VIII y IX.

El cuadrante Noroeste peninsular se configura, pues, como una especie de microcosmos de las variadas posibilidades de adaptación de las sociedades locales a las coordenadas postimperiales. El papel más o menos activo de las ciudades y de los nuevos centros jerárquicos y el grado de integración política de las elites de unas y otros constituyen factores clave como variables dependientes de la ecuación que desemboca en las formas que adoptará el paisaje rural y los asentamientos o enclaves productivos que lo integran.

No siempre somos del todo conscientes de que el modo en que trabajamos condiciona la manera en que pensamos y evaluamos nuestro entorno. Esta observación atañe a la perspectiva desde la que analizamos en la actualidad los registros arqueológicos altomedievales, sobre todo si la comparamos con los puntos de vista de hace sólo diez años. Hizo falta comenzar a excavar en extensión para darse cuenta de muchos aspectos hasta entonces desconocidos, pero antes hubo que reivindicar y explicar convenientemente que una parte del registro hasta entonces desechado por la mayor parte de los arqueólogos era explicable. Las cabañas de suelo rehundido de La Indiana (VIGIL-ESCALERA 1999) y posteriormente las de Gózquez (VIGIL-ESCALERA 2000) supusieron en el contex-

to madrileño el origen de otra forma de ver y entender los registros arqueológicos altomedievales. Se esfumaron automáticamente algunos fantasmas del pasado. El antiguo escenario dominado en exclusiva hasta entonces por la dispersión de necrópolis visigodas se llenó de asentamientos campesinos. Contra otros espectros del pasado aún quedan esfuerzos pendientes.

En el debate en torno al origen de las aldeas altomedievales, y por muchas vueltas que le demos, en el fondo se discute recurrentemente acerca de si ya existían aldeas con anterioridad, durante el Imperio, o si se trata de un fenómeno de nuevo cuño. Lo cierto es que la evidencia arqueológica no permite rastrear su existencia antes del colapso imperial, al menos con la serie de rasgos de comportamiento social que caracteriza a las altomedievales. Y en el caso de que hubieran pervivido formas aldeanas que pudieran remontar a tiempos anteriores a la conquista romana, cabe sospechar que su entidad habría sido absolutamente marginal. En el ámbito madrileño caben pocas dudas de que su emergencia se produce en este periodo, a partir del siglo V y no antes. No existe rastro de cualquier evidencia que suponga un eslabón con lo anterior, a pesar de la magnitud y extensión de las actuaciones arqueológicas acometidas durante estos últimos años, explosivos por lo que respecta a la urbanización del medio rural. La reivindicación de ciertas corrientes historiográficas concerniente a una eventual pervivencia de formas culturales indígenas no sería, de acuerdo con el registro disponible, más que otro espejismo historiográfico. En todo caso, de acuerdo con lo planteado en esta misma sede por Andrew Reynolds, lo importante no es tanto determinar una fecha exacta para el origen del fenómeno como definir del modo más preciso posible el proceso o procesos que desembocan en la emergencia de las formas de sociabilidad compleja que podemos definir como aldeanas. Y esta clase de discurso deberá construirse a partir de secuencias arqueológicas densas yacimiento a yacimiento.

Tampoco da la impresión de que los bárbaros, y con ellos las interpretaciones más explícitamente etnicistas del registro arqueológico, sean un elemento clave o puedan aportar algo significativo en lo concerniente a la investigación sobre la emergencia del fenómeno aldeano. Podremos encontrar núcleos conformados por individuos de origen incierto, con rituales y tradiciones más

claramente nativos o exóticos en cualquier comarca, pero la evidencia disponible demuestra que la constitución de aldeas por comunidades campesinas locales es innegable desde fechas tempranas. No sería necesario pensar que imitan las costumbres de otros. A partir de la quinta centuria se materializa un nuevo antagonismo campo-ciudad de rasgos inéditos, dos visiones cosmológicas enfrentadas y variablemente dependientes. Es esa oposición entre las formas culturales de *ciudadanos* y *paganos* la que parece marcar, en nuestra opinión, las señas de identidad del periodo que se abre entonces, por encima de las que pudieron separar a bárbaros y romanos²⁸.

La retirada de las elites regionales a ciudades y *castella* dio pie a la emergencia de formas descentralizadas de la gestión agraria que se generalizaron por todo el paisaje rural europeo, como acertadamente ha apuntado Wickham (2005: 264). Esa nueva responsabilidad esta en el origen de la constitución de comunidades campesinas estables que podemos definir como aldeas. El reconocimiento arqueológico de éstas, su interpretación y el ensamblado de esta evidencia en sus precisas coordenadas históricas y geográficas no debiera estar condicionado por esquemas conceptuales ajenos. Los debates que se vaticinan sobre este sujeto serán abiertos o no serán, pero en todo caso se desarrollarán con la arqueología en pie de igualdad al lado de otras disciplinas.

BIBLIOGRAFÍA

- ABÁSOLO ÁLVAREZ J.A., PÉREZ RODRÍGUEZ-ARAGÓN F. 1995, «Arqueología funeraria en Hispania durante el Bajo Imperio y la época visigoda», en C. FERNÁNDEZ IBÁÑEZ, F. PÉREZ LOSADA, R. FÁBREGAS VALCARCE (coords.), *Arqueoloxía da Morte: arqueología da morte na Península Ibérica desde as Orixes ata o Medievo*. Actas do Curso de Verán da Universidade de Vigo (Xinzo de Limia, 1994), Xinzo de Limia, pp. 291-306.
- ABÁSOLO J.A., CORTES J., PÉREZ F. 1997, *La necrópolis Norte de La Olmeda (Pedrosa de la Vega, Palencia)*. Palencia: Diputación Provincial de Palencia.

²⁸ Véanse a este respecto los interesantes apuntes ofrecidos por Arce (2007).

- ARCE J. 2007, «La ostentación del rango en la vida y en la muerte», en G.P. BROGIOLO, A. CHAVARRÍA (a cura di), *Archeologia e società tra Tardo Antico e Alto medioevo*. Documenti di Archeologia 44, Mantova, pp. 257-64.
- AZKARATE A., QUIRÓS J.A. 2001, «Arquitectura doméstica altomedieval en la península Ibérica», *Archeologia Medievale*, XXVIII, pp. 25-60.
- BROGIOLO G.P., CHAVARRÍA A. 2005, *Aristocrazie e campagne nell'Occidente da Costantino a Carlo Magno*. Metodi e temi dell'archeologia medievale 1, Firenze: All'Insegna del Giglio.
- CASTELLANOS S., MARTÍN VISO I. 2005, «The local articulation of central power in the north of the Iberian Peninsula (500-1000)», *Early Medieval Europe* 13 (1), pp. 1-42.
- CASTELLANOS S., MARTÍN VISO I. 2008 (eds.), *De Roma a los bárbaros. Poder central y horizontes locales en la cuenca del Duero*, León: Universidad de León.
- CATALÁN RAMOS R., CALVO M.J. (e.p.), «El taller de La Alameda del Señorío (Illescas, Toledo). Un centro de producción del siglo VI d.C. en la zona central de Hispania», *Preactas del XXVI Congreso Rei Cretariae Romanae Fautores (Cádiz, 2008)*, pp. 31-2.
- CONTRERAS MARTÍNEZ M. 2006, «Evolución del ritual funerario entre los ss. VI y VIII d.C. en el asentamiento de Gózquez de Arriba (San Martín de la Vega, Madrid)», en J. LÓPEZ QUIROGA, A.M. MARTÍNEZ TEJERA, J. MORÍN DE PABLOS (eds.), *Galia e Hispania en el contexto de la presencia germánica (ss. V-VII). Balance y perspectivas*, British Archaeological Reports, IS 1534, pp. 273-88.
- CONTRERAS MARTÍNEZ M., FERNÁNDEZ UGALDE A. 2007, «El espacio funerario en el poblado de época visigoda de Gózquez de Arriba (San Martín de la Vega, Madrid)», en J. MORÍN (ed.), *La investigación arqueológica de la época visigoda en la Comunidad de Madrid*, Zona Arqueológica 8, Vol. II (2006). Alcalá de Henares: Museo Arqueológico Regional, pp. 516-34.
- CHAVARRIA ARNAU A. 2007a, *El final de las villas en Hispania (siglos IV-VIII)*. Bibliothèque de l'Antiquité Tardive, 7. Turnhout: Brepols.
- CHAVARRIA ARNAU A. 2007b, «Splendida sepulcra ut posteri audiant. Aristocrazie, mausolei e chiese funerarie nelle campagne tardoantiche», en G.P. BROGIOLO, A. CHAVARRÍA (a cura di), *Archeologia e società tra Tardo Antico e Alto medioevo*. Documenti di Archeologia 44, Mantova, pp. 127-46.
- FOSSIER R. 1985, *Historia del campesinado en el Occidente medieval*, Barcelona (ed. orig. 1984).
- FUENTES DOMÍNGUEZ A. 1989, *La necrópolis tardorromana de Albalate de las Nogueras (Cuenca) y el problema de las denominadas 'Necrópolis del Duero'*, Arqueología Conquense, X. Cuenca.
- GERRETSEN F. 1999, «To build and to abandon. The cultural biography of late prehistoric houses and farmsteads in the southern Netherlands», *Archaeological Dialogues*, 6 (2), pp. 76-97.
- HAMEROW H. 2002, *Early Medieval Settlements. The archaeology of rural communities in North-West Europe 400-900*. Oxford.
- HERVA V.-P., NURMI R. 2009, «Beyond consumption; functionality, artifact biography, and early modernity in an european periphery», *International Journal of Historical Archaeology*, 13, pp. 158-82.
- LARREA CONDE J.J. 2007, «Construir iglesias, construir territorio: las dos fases altomedievales de San Román de Tobillas (Álava)», en J. LÓPEZ QUIROGA, A.M. MARTÍNEZ, J. MORÍN (eds.), *Monasteria et territoria. Elites, edilicia y territorio en el Mediterráneo medieval (siglos V-XI)*. British Archaeological Reports IS S1720, Oxford, pp. 321-36.
- MANZANO MORENO E. 2006, *Conquistadores, emires y califas. Los Omeyas y la formación de al-Andalus*, Madrid: Crítica.
- MARTÍN BAÑÓN A., RINCÓN VÁZQUEZ J. 2004, «Informe previo de la excavación en el yacimiento Congosto. Área de ampliación de la Escuela Nacional de Protección Civil (Rivas-Vaciamadrid, Madrid). Área, S.C.M. Informe inédito, depositado en la DGPH de la Comunidad de Madrid.
- MORELAND J. 2001, *Archaeology and Text*. Sheffield: Duckworth & Co.
- MORELAND J. 2006, «Archaeology and Texts: Subservience and Enlightenment», *Annual Review of Anthropology*, 35, pp. 135-151.
- QUIRÓS CASTILLO J.A. 2006, «La génesis del paisaje medieval en Álava: la formación de la red aldeana», *Arqueología y Territorio Medieval* 13.1, pp. 49-94.
- QUIRÓS CASTILLO J.A. 2007a, «Las aldeas de los historiadores y de los arqueólogos en la Alta

- Edad Media del Norte Peninsular», *Territorio, Sociedad y Poder. Revista de Estudios Medievales* 2, pp. 63-86.
- QUIRÓS CASTILLO J.A. 2007b, «De la aldea a la villa: Arqueología de los despoblados en la llanada oriental alavesa. El caso de Zornostegi», *Actas del Congreso 750 aniversario de la fundación de la villa de Salvatierra*, San Sebastián, 2006 (en prensa)
- QUIRÓS CASTILLO J.A., VIGIL-ESCALERA GUIRADO A. 2006, «Networks of peasant villages between Toledo and Ueleigia Alabense, North-western Spain (V-Xth centuries)», *Archeologia Medievale XXXIII*, pp. 79-128.
- QUIRÓS CASTILLOS J.A., VIGIL-ESCALERA GUIRADO A. (e.p.), «Arqueología de los paisajes rurales altomedievales en el NO Peninsular», en *V Simposio Visigodos y Omeyas: El Territorio* (Mérida, 2008).
- REDONDO GÓMEZ E.E., DUMAS R., SÁNCHEZ V.M., GALINDO L. 2007, «El Guijo y El Bajo del Cercado, un ejemplo de la ocupación visigoda en la Vega del Jarama», en J. MORÍN DE PABLOS (ed.), *La investigación arqueológica de la época visigoda en la Comunidad de Madrid*, Zona Arqueológica 8, Vol. II (2006). Alcalá de Henares: Museo Arqueológico Regional, pp. 478-91.
- REQUEJO PAGÉS O. 2007, «Hallazgos romanos en la zona central de Asturias: necrópolis de Paredes y hornos de Cayés», en J. FERNÁNDEZ-TRESGUERRES (coord.), *Astures y romanos: nuevas perspectivas*, Oviedo: Real Instituto de Estudios Asturianos, pp. 95-113.
- REYNOLDS A. 2003, «Boundaries and settlements in later Sixth to eleventh-century England», en D. GRIFFITHS, A. REYNOLDS, S. SEMPLE (eds.), *Anglo-Saxon Studies in Archaeology and History*, 12, Oxford University School of Archaeology, pp. 98-136.
- RODRÍGUEZ CIFUENTES M., DOMINGO PUERTAS L.A. 2007, «Las Charcas, un asentamiento rural visigodo en la vega del Jarama», en J. MORÍN DE PABLOS (ed.), *La investigación arqueológica de la época visigoda en la Comunidad de Madrid*, Zona Arqueológica 8, Vol. II (2006). Alcalá de Henares, pp. 432-45.
- RODRÍGUEZ CIFUENTES M., JUANA GARCÍA L.A. DE 2007, «La Huelga y El Malecón: dos asentamientos altomedievales entre la tradición y el cambio», en J. MORÍN DE PABLOS (ed.), *La investigación arqueológica de la época visigoda en la Comunidad de Madrid*, Zona Arqueológica 8, Vol. II (2006). Alcalá de Henares, pp. 418-31.
- SÁNCHEZ SÁNCHEZ-MORENO V.M., GALINDO L., RECIO R.C. 2007, «Trabajos arqueológicos en el yacimiento 'El Prado de los Galápagos'», en J. MORÍN DE PABLOS (ed.), *La investigación arqueológica de la época visigoda en la Comunidad de Madrid*, Zona Arqueológica 8, Vol. II (2006). Alcalá de Henares: Museo Arqueológico Regional, pp. 446-69.
- SANGUINO VÁZQUEZ J., DELGADO ARCEO M.E. 2009, «Yacimiento arqueológico 'Arroyo de Prado Viejo'. Torrejón de la Calzada (Madrid)», en *Actas de las terceras jornadas de Patrimonio Arqueológico en la Comunidad de Madrid (Madrid, 2006)*, Madrid: Comunidad de Madrid, pp. 445-8.
- VALIENTE S., AYARZAGÜENA M. et al. 2002, «Excavaciones arqueológicas en las salinas de Espartinas (Ciempozuelos) y prospecciones en su entorno», *Archaia* 2, pp. 33-45.
- VIGIL-ESCALERA GUIRADO A. 1999, «La Indiana (Pinto, Madrid). Estructuras de habitación, almacenamiento, hidráulicas y sepulcrales de los siglos VI-IX en la Marca Media», *XXIV Congreso Nacional de Arqueología (Cartagena, 1997)*, Vol. 5. Murcia, pp. 205-11.
- VIGIL-ESCALERA GUIRADO A. 2000, «Cabañas de época visigoda: evidencias arqueológicas del Sur de Madrid. Tipología, elementos de datación y discusión», *Archivo Español de Arqueología* 73, pp. 245-74.
- VIGIL-ESCALERA GUIRADO A. 2006, «El modelo de poblamiento rural en la Meseta y algunas cuestiones de visibilidad arqueológica», en J. LÓPEZ QUIROGA, A.M. MARTÍNEZ TEJERA, J. MORÍN DE PABLOS (eds.), *Galia e Hispania en el contexto de la presencia germánica (ss. V-VII). Balance y perspectivas*. Oxford: British Archaeological Reports, IS 1534, pp. 89-108.
- VIGIL-ESCALERA GUIRADO A. 2007a, «Granjas y aldeas altomedievales al Norte de Toledo (450-800 d.C.)», *Archivo Español de Arqueología* Vol. 80, pp. 239-284.
- VIGIL-ESCALERA GUIRADO A. 2007b, «Primeros pasos hacia el análisis de la organización interna de los asentamientos rurales de época visigoda», en J. MORÍN DE PABLOS (ed.), *La investigación arqueológica de la época visigoda en la Comunidad de Madrid*, Zona Arqueológica 8, Vol. II (2006). Alcalá de Henares: Museo Arqueológico Regional, pp. 366-73.

- VIGIL-ESCALERA GUIRADO A. 2009, «El poblamiento rural del Sur de Madrid y las arquitecturas del siglo VII», en L. CABALLERO, P. MATEOS, M^a.A. UTRERO (eds.), *El siglo VII frente al siglo VII: arquitectura (Visigodos y Omeyas, 4, Mérida 2006)*, Anejos de Archivo Español de Arqueología LI, Madrid: CSIC, pp. 205-29.
- VIGIL-ESCALERA A., QUIRÓS CASTILLO J.A. e.p., «Early medieval rural societies in the north-west of the Iberian peninsula. Archaeological recognition of fragmentation and convergence processes» en J. ESCALONA, A. REYNOLDS (eds.), *Scale and Scale Change in the Early Middle Ages. Exploring landscape, local society and the world beyond*. Turnhout: Brepols.
- VIGIL-ESCALERA A., VIRSEDA L. 2007, «Memoria: excavación arqueológica en el yacimiento 'Encadenado/El Soto'. Campaña 2005 (Barajas, Madrid)». Memoria inédita, ÁREA, S.C.M., depositada en la DGPH de la Comunidad de Madrid (IV-07).
- VIGIL-ESCALERA A., VIRSEDA L. 2009, «Informe preliminar sobre la 3ª fase (2008-2009) de la actuación arqueológica en la parcela UE-2 'El Jardín' (Arroyomolinos, Madrid)». Informe inédito, ÁREA, S.C.M., depositado en la DGPH de la Comunidad de Madrid (febrero-2009).
- VIRSEDA SANZ L. 2004, «Informe final (2004) de la excavación arqueológica en la parcela 2 de «El Caño» de Arroyomolinos». Informe inédito, ÁREA, S.C.M., depositado en la DGPH de la Comunidad de Madrid.
- WICKHAM C. 2005, *Framing the Early Middle Ages. Europe and the Mediterranean, 400-800*. Oxford.
- WOLF E. R. 1955, «Types of Latin American peasantry: a preliminary discussion», *American Anthropologist*, vol. 57, pp. 452-71.
- ZADORA-RIO E. 1995, «Le village des historiens et le village des archéologues», en E. MORNET (Dir.), *Campagnes médiévales : l'homme et son espace (900-1350). Etudes offertes à Robert Fossier*. Paris: Publications de la Sorbonne, pp. 145-53.
- ZADORA-RIO E. 2003, «L'archéologie de l'habitat rural et la pesanteur des paradigmes», *Les nouvelles de l'archéologie*, n° 92, pp. 6-9.



Figura 19. Configuración espacial del enclave de Encadenado-El Soto en la octava centuria. Arriba, la necrópolis de ritos diversos, debajo, el área residencial y auxiliar.